

NATURALEZA Y CONTENIDO DE LA ECONOMÍA TEÓRICA

FRIEDRICH VON WIESER

COMENTARIOS CRÍTICOS¹

ÍNDICE

La importancia del trabajo pág. – El método científico de Schumpeter y su rechazo del método psicológico – La naturaleza del método psicológico y su importancia en la economía teórica – Causa y efecto – Los supuestos del método psicológico y las hipótesis de Schumpeter – La ley de Schumpeter y Gossen – Schumpeter sobre el principio del valor y el principio del coste – Valoración global.

El libro de Schumpeter ha sido ya objeto de una serie de debates profundos en direcciones muy distintas, y este mero hecho pone de manifiesto su valor, aunque las críticas no han estado exentas de enérgicas oposiciones, lo cual demuestra el gran interés con que se ha acogido la riqueza de su contenido.

En mi debate, me abstendré de abordar los detalles del contenido del libro y a este respecto me limitaré a hacer el breve comentario de que me parece que las secciones individuales se suceden en varios grados, pero el libro en su conjunto cumple holgadamente la tarea anunciada en su título de describir el contenido de la economía teórica; sólo tengo dudas en un sentido, que trataré más adelante. La forma en que Schumpeter cumple esta tarea es digna del máximo elogio. No nos ofrece una árida crítica literaria, y de hecho

¹ Schumpeter, J., *Das Wesen und der Hauptinhalt der theoretischen Nationalökonomie* (Duncker & Humblot: Leipzig, 1910). Es la primera vez que se publica en español esta importante reseña crítica de Wieser a la obra metodológica de Schumpeter, que se publicó por primera vez en los *Gesammelte Abhandlungen* (Tubinga: J.C.B. Mohr, 1929, pp. 10-39) con el título de «Das Wesen und der Hauptinhalt der Theoretischen Nationalökonomie». La traducción es de Blanca Briones González.

menciona muy pocos nombres, pero su libro sin duda contiene, como se anuncia en el prefacio, muchas de las ideas que conforman la economía pura moderna. Concretamente, Schumpeter también consigue su objetivo adicional de informar al mundo académico alemán de las teorías predominantes en otros países. Además, también demuestra sus conocimientos y su versatilidad más allá de los límites de su materia, pues, pese a sus rigurosos intentos por permanecer dentro de aquéllos, se reconoce, en cada punto en que interrumpe el estudio, la amplia y diversa educación de su mente, abierta a todas las corrientes de pensamiento de la época, y uno se siente deseoso de ver al autor activo también en otros campos. Su dominio del lenguaje es excepcional, y su discurso combina la precisión científica con la libertad artística.

Conforme a la intención del autor, el libro tiene un segundo objetivo que cumplir: también se pretende que nos enseñe la naturaleza de la economía teórica, y ésta es su intención principal, como indica su posición inicial en el título. Está interesado, dice, no tanto en los teoremas individuales *per se*, sino en su naturaleza y su posición en el sistema de la ciencia. Desarrolla los teoremas para entender de forma clara la metodología a base de trabajar con ellos, y a raíz de esta claridad con respecto a los principios metodológicos desea a su vez lograr certeza al resolver los problemas concretos. Así, considera improductivas las discusiones generales de metodología; su estudio, defiende, no puede separarse del estudio de los problemas reales y sólo tienen sentido con respecto a estos últimos; uno no debe construir por sí solo el concepto metodológico a priori, sino que debe hacer siempre aquello que le lleve más lejos, sin verse influido por cualquier consideración. Sin embargo Schumpeter cree al fin y al cabo que puede lograr un modo de pensar metodológico unificador —«La metodología no debe ser el primer capítulo de un sistema, sino el último»— y se muestra confiado en que de su forma de trabajar surja «algo como una epistemología de la economía o una contribución a dicha ciencia». ¿Cumple esta ambiciosa promesa?

Mi debate se va a preocupar únicamente de esta pregunta. Tengo un motivo especial para ello; pues a través de las críticas que hago, tengo que llevar a cabo mi defensa. Es cierto que las opiniones de Schumpeter son muy próximas a la escuela de pensamiento teórica a la cual pertenezco, y me nombra a mí concretamente

como uno de los autores a los que se siente más próximo; pero tengo la obligación de decir que sólo está de acuerdo con esta escuela de pensamiento en cuanto a los resultados, mientras que rechaza de plano el método psicológico. Cree que la única manera en que puede rescatar nuestros resultados es sustituir su nuevo método por el nuestro. Tras considerar con detenimiento lo que dice, y si bien admito de buen grado que he recibido muchas sugerencias de sus debates metodológicos, creo que debo continuar siendo partidario del método psicológico. Cualquiera que acepte nuestros resultados debe aceptar también nuestro método: uno no puede separarse del otro. De modo que no creo que la metodología de Schumpeter haya surgido realmente de lo material tal como afirma, pues sin duda, desde ese punto de vista, habría tenido que aceptar como probado el método cuyos resultados reconoce. En realidad él aporta, sin saberlo, su concepto metodológico preparado desde el exterior; se halla bajo el hechizo de la epistemología que ha sido desarrollada recientemente por las ciencias naturales exactas; esto, según sus propias palabras, es «lo último, lo cual en este caso es lo mejor». No deseo, en modo alguno, emitir un juicio propio sobre esta epistemología, pero creo que puedo afirmar que la manera en que Schumpeter lo aplica a nuestra ciencia no surge de su material sino que atenta contra el mismo. Cegado por el éxito de las ciencias naturales exactas, toma su manera de pensar como modelo a pesar de que en modo alguno se adapta a nuestro material y construye así un método artificial con el que jamás habría obtenido los resultados que desea adoptar de sus predecesores. Ciertamente, ni siquiera es capaz de reflejar por completo estos resultados en el lenguaje que emplea. Ésta es la cuestión a la que me refería antes; aquí su opinión sobre la naturaleza de la economía teórica le impide representar por completo su contenido. Su concepto metodológico infringe los fundamentos psicológicos de nuestros resultados. Si Schumpeter tuviese razón en su metodología, yo y toda la escuela de pensamiento a la que pertenezco estaríamos equivocados en lo que consideramos nuestro logro más importante.

Tendré que explicarlo en detalle. El tema es difícil y Schumpeter no sólo lo ha abordado de forma inteligente, sino que ha llegado al fondo del mismo para establecer firmemente su postura. Pero tengo

que recordar que sus opiniones surgen de un gran movimiento intelectual que, liderado por pensadores de alto nivel, está respaldado por todo el inmenso poder con el cual las ciencias naturales influyen nuestro modo de pensar moderno y amenazan con limitar la individualidad de las artes. Finalmente, el ataque de Schumpeter no es el único dirigido contra el método psicológico. En esta ocasión, por supuesto, no puedo oponerme a las múltiples otras objeciones, pero me gustaría aclarar no obstante el método psicológico en cuanto a sus condiciones hasta el punto de que se pueda deducir de ello la dirección de la respuesta que tendría que dar a los otros oponentes.

El cambio más notable que realiza Schumpeter al contenido tradicional de la teoría económica a favor de su método se refiere a los intereses sobre el capital, los cuales elimina del sistema pues no los reconoce como un segmento de ingresos estático; los relega a la vertiente dinámica. No deseo ahondar en más detalles a este respecto; no sería posible sin una discusión detallada del problema de los intereses y, en cualquier caso, esta innovación de Schumpeter no sólo afecta a la escuela de pensamiento filosófico, sino que se opone a todas las escuelas que pretenden explicar los intereses sobre el capital; sacude los cimientos del sistema tradicional. Me gustaría destacar mediante una única palabra que ya aquí resulta evidente cómo Schumpeter traslada a nuestro campo opiniones del mundo de las ciencias naturales exactas, independientemente de si pueden combinarse con nuestro material. ¿Encaja de forma automática en la economía el concepto de «estático», o quizá deba ser modificado en consecuencia? ¿Una teoría que acepta en lo más mínimo los intereses sobre el capital no debería ser formulada de una manera que al mismo tiempo la explique? ¿Acaso todo nuestro sistema no empieza a tambalearse y especialmente pueden considerarse todavía en equilibrio los salarios y la renta de la tierra si los intereses sobre el capital con los que están tan estrechamente relacionados no se consideran de esta manera? Si Schumpeter es reacio a reconocer los intereses como una rama de ingresos estática, debe, creo, modificar el concepto de estático que trae de las ciencias naturales a nuestra disciplina de tal manera que pueda abarcar los intereses sobre el capital. Pero dejaré reposar esta cuestión.

También en otros aspectos trataré de limitar el debate en la medida de lo posible; no seguiré a Schumpeter allá donde vaya.

Es hipersensible en su escrupulosidad epistemológica. Por ejemplo, critica la definición convencional de «bienes» como «cosas del mundo exterior»; encuentra esta «expresión que recuerda mucho a la metafísica» cuestionable (pág.65); ni desea verse obligado «a formular la hipótesis de que los procesos de evaluación de todos los demás funcionan de la misma manera que el mío» (pág. 67). No sé hasta dónde pretende llegar Schumpeter con estas afirmaciones, pero por mi parte deseo dejar bien clara mi decisión respecto a las dos escuelas de pensamiento. El supuesto de un mundo físico que difiere de mi mundo psicológico y el supuesto adicional de otro ente que difiere del mío pero al que sin embargo se parece pertenecen a los prerrequisitos fundamentales de la lógica sensata y la transmisión de ideas. Desde mi punto de vista, la nueva epistemología de las ciencias naturales también acepta ambos supuestos; ésta, al menos, es la opinión de Mach, quien es sin embargo uno de sus representantes más extremos. De una explicación resumida de su teoría la cual publicó recientemente («Die Leitgedanken meiner naturwissenschaftlichen Erkenntnislehre», *Scienza, Rivista di Scienza*, vol. vii (1910), págs. 234-5) he extraído las siguientes frases: «Las experiencias más sencillas bastan para justificar el supuesto de un mundo que es común a todos y un ente distinto del propio, dichos supuestos... demuestran ser ventajosas tanto para el comportamiento teórico como el práctico» y antes de esto: «La observación de otras personas da lugar, debido a una irresistible analogía, al supuesto de que ellos realizan observaciones muy similares a las mías...» Advierte expresamente contra los monstruosos sistemas idealista y solipsista y exige que todas las percepciones que no se transmitan mediante órganos sensoriales sanos deben ser corregidas por otras personas «si se trata de un juicio del que se pretende que tenga valor científico y, por tanto, social». El propósito de toda discusión científica es emitir juicios con un valor científico y, por tanto, social. Un escritor que trate de presentar sus mejores razones como prueba de sus alegaciones admite tácitamente de este modo que tales mejores razones deben ser consideradas igual de concluyentes por parte de los lectores cuyo acuerdo está intentando obtener, y que «los procesos de evaluación de otros funcionan de la misma manera que los suyos». Aquello que asume del proceso de evalua-

ción científica, no puede negarlo fácilmente respecto al proceso de evaluación económica.

Tampoco tengo razón para discutir otras reservas de Schumpeter, porque las considero plenamente justificadas, con el resultado de que no afectan a la escuela de pensamiento psicológico tal como yo (y, por cierto, no sólo yo) la entiendo: al menos, tal como lo entiendo a día de hoy, tras haber aprendido a formular muchas cosas con más cuidado que en los tormentosos días de mis principios científicos. Schumpeter teme que por el método psicológico será conducido a áreas que como economistas nos resultan ajenas, en concreto la psicología y la fisiología (pág. 64); en particular, teme ser empujado hacia el problema del libre albedrío y el albedrío *per se* y ser obligado a adoptar una postura particular que pueda tener determinados prerrequisitos metafísicos (págs. 66, 67). Por tanto busca puntos de partida para sus ideas que son completamente independientes de justificación psicológica tanto desde el punto de vista de la teoría de la voluntad como de la teoría de los sentimientos, las cuales no son idénticas con la Ley de Weber, no dependen de ella y no pueden ser afectadas por las objeciones a la misma; quiere que la economía formule sus supuestos con respecto a la acción humana de forma completamente independiente y que de ninguna manera discutan la ciencia a la que pertenecen (pág. 542). Estoy completamente de acuerdo con él en todos estos aspectos. La escuela de pensamiento psicológico de economía debe diferenciar su territorio muy claramente del de la psicología científica. Sus tareas no son las nuestras. Nos ayudaría si hubiera avanzado más allá de sus principios y no se hubiera visto tan inmersa en controversia; sin duda veríamos muchas cosas de manera más clara si fuera más clara sobre sí misma, pero no buscamos ninguna ayuda directa de ella, ni podríamos encontrar ninguna, pues nuestras tareas le son completamente ajenas. Quizá nuestro método no fuera tan malinterpretado si no se hubiera llamado «psicológico», sino «emocional», pero también este nombre sería susceptible de malinterpretaciones. Nuestro tema es sencillamente la conciencia de una persona dedicada a la actividad económica con su tesoro de la experiencia universal, es decir, la experiencia que posee todo profesional y que todo teórico encuentra dentro de sí como profesional sin que necesite recabarla antes por medio de métodos científicos

especiales. Nuestra tarea consiste en analizar e interpretar de un modo científico el rico contenido experiencial del entendimiento económico común; respecto a esto nos interesan los hechos internos y externos que encontramos reunidos aquí, y la conexión (retomaré esta palabra) que se crea en el entendimiento de las personas, sin querer de ninguna manera investigar fundamentalmente los procesos que tienen lugar en la mente en este sentido. Queremos ser independientes también de los fundamentos psicológicos en la dirección de la teoría de la voluntad o la teoría de los sentimientos o en cualquier otra dirección; tampoco queremos que se nos asocie con la Ley de Weber, queremos ser totalmente independientes de la psicología. En modo alguno nos implicamos en sus análisis de la psicología básica de las personas, sino que buscamos puntos de vista que sigan siendo válidos sin importar qué psicologías básicas establezca la psicología científica. Podría decirse que somos seglares en lo que respecta a la psicología y queremos permanecer así. No nos interesa en absoluto la psicología; es una ciencia natural con la que no tenemos ninguna conexión en lo que se refiere a la metodología. Cuando lidiamos con necesidades, nos ocupamos de determinados fenómenos, en parte con base psicológica, que surgen en la conciencia de una persona y de los que derivan acciones económicas; pero sencillamente los establecemos tal como los encontramos en la conciencia de las personas y también establecemos qué reacciones se derivan de ellos como consecuencia de su aparición, y en modo alguno preguntamos cuáles son las razones para ellos, por qué surgen, o qué procesos subyacentes provocan las acciones económicas que derivan de ellos.

Tengo bastantes más reservas sobre los comentarios de Schumpeter basados en el concepto de «causa». Él quiere eliminar este concepto de la teoría económica, como lo ha eliminado la epistemología científica, y, siguiendo este ejemplo, desea sustituirlo a él y al concepto asociado de «efecto» por el concepto más absoluto de «función» (págs. 58 y XVI). Refiriéndose a la famosa definición de mecánica de Kirchhoff (pág. 38), la cual afirma que su propósito es describir movimientos de la forma más completa y simple posible, alega que tampoco nosotros podemos aportar nada a la explicación de los fenómenos económicos salvo su descripción (pág. 37). Incluso con respecto a estas ideas yo, y sin duda también otros

partidarios de la escuela de pensamiento psicológico, me acerco mucho más a Schumpeter de lo que él cree, pero tengo que formular algunas reservas. Antes que nada, dejaré a un lado los puntos en los que coincidimos y destacaré las cuestiones en las que discrepamos.

Las posturas opuestas pueden resumirse en pocas palabras. Schumpeter quiere observar los hechos económicos únicamente desde el exterior, igual que hacen los científicos naturales con los fenómenos, mientras que el método psicológico los observa sobre todo desde el interior de la conciencia de las personas. Lo hace así porque desde ahí puede observar incomparablemente más y más a fondo que desde el exterior. Sólo podemos observar la naturaleza desde el exterior, pero podemos observarnos a nosotros mismos también desde el interior, y ¿por qué deberíamos renunciar a esta oportunidad cuando podemos hacer tal cosa? El mejor método siempre será el que reporte más conocimientos; aquí, sin embargo, es el método psicológico, porque emplea el puesto de observación más favorable. Encuentra reunidos en el fondo de la experiencia económica común todos los hechos de economía más importantes, y ¿por qué no debería aprovecharlos en la fuente? Encuentra que determinadas acciones se llevan a cabo en la conciencia con sentimiento de necesidad, y ¿por qué debería intentar formular una ley mediante una larga serie de iniciación mientras cada uno de nosotros oye claramente la voz de la ley en sí mismo? Qué enorme ventaja supondría para el científico natural si las voces de los mundos orgánicos e inorgánicos proclamaran sus leyes de forma tan clara —y sin embargo ¿deberíamos renunciar a tal ayuda? Encuentra que determinadas series de acciones consecutivas son sensatas, es decir, se llevan a cabo con un entendimiento de su relación interna, mientras que otras acciones son vistas como inconexas, equivocadas o insensatas y por tanto no son susceptibles de un comportamiento razonable— y sin embargo ¿no debería intentar realizar su serie de observaciones encomendándose a la orientación del sentido práctico que distingue de forma tan clara? Por supuesto, el método psicológico presenta sus propias dificultades especiales; resulta mucho más fácil realizar una serie de observaciones desde el exterior que interpretar claramente el sentido interior de un acto económico, porque esto sólo puede tener éxito si se entiende com-

pletamente el enorme conjunto de vínculos económicos en sus interrelaciones, y de forma tan clara que se puedan extraer los rasgos comunes del batiburrillo confuso de detalles. Sin embargo, alguien que sepa cómo aplicar con éxito el método tendrá la satisfacción de convencer a su auditorio en lo más recóndito de su ser, pues despertará el mismo sentido en todos ellos, se reconocerán a sí mismos y a su naturaleza en su representación y confirmarán por su propia experiencia que ha dado en el clavo.

En cuanto a si una representación tan convincente puede emplear los conceptos de causa o efecto o si debe sustituirlos por el concepto más absoluto de función, y si es una explicación o una descripción, éstas son cuestiones que, creo, también puede responder el método psicológico de un modo que se acerca mucho al modo de pensar de Schumpeter o que quizá incluso lo adopte. Pues el hecho de que se deje claro el sentido de una acción puede que no explique completamente la acción, por supuesto; el «¿por qué?» con el que se contenta esta aclaración puede que no sea un «¿por qué?» definitivo. Mi respuesta a la pregunta del «¿por qué?» definitivo, la pregunta de cómo es que pienso y actúo así según determinadas reglas puede que sea en última instancia, con Lichtenberg, «ello piensa». La mente trabaja de forma inconsciente y no puede dar cuenta de por qué los hechos aparecen y desaparecen en ella; hay algo más bajo el umbral de la conciencia de la que esto depende, que no controlamos y que resulta tan ajeno a nuestro sentido como la naturaleza exterior.

Desde este punto de vista, cualquier explicación del sentido de nuestras acciones sólo consiste en descripción al fin y al cabo, y los pronunciamientos teóricos que realizamos sobre este sentido no son explicaciones definitivas sino meras declaraciones de hechos, de hechos internos y externos o, para ser más exacto, de percepciones de hechos externos a los que acompañan ideas de su sentido y, al formar conexiones, dan lugar a otras ideas u otras acciones psicológicas que a su vez tienen un efecto en hechos externos. Podría decirse que nuestros pronunciamientos teóricos son bocados de sabiduría sobre el funcionamiento de determinadas series psicológicamente impartidas, proporcionadas por personas que se sienten llamadas a realizar tales pronunciamientos con la expectativa de obtener confirmación por parte del acuerdo general y recibiendo

de esta manera valor social y, por tanto, científico. Con semejante interpretación, sólo discreparía con Schumpeter en que él desea limitarse por completo a la observación de hechos externos, mientras que a mí me preocupan sobre todo los hechos internos, pero estaría de acuerdo con él en que los hechos internos sólo pueden ser observados de manera descriptiva. ¿Acaso ello no eliminaría las reservas metafísicas que le atemorizan? No debe olvidarse que las observaciones externas tienen también un trasfondo metafísico, y al igual que los científicos naturalistas lo superan, nosotros también podemos hacerlo respecto a la observación interna; y para corregir los errores que somos susceptibles de cometer en la observación interna no necesitamos recurrir a medios más dudosos que aquellos empleados para corregir los errores que también resultan inevitables en la observación externa y para otorgar valor científico a los juicios declarados. ¿Acaso ello no me llevaría a la perspectiva epistemológica de Schumpeter? Verán, la transición hacia su modo de pensar no es muy difícil, y no dudaría ni un instante en llevarla a cabo si no fuera —un economista. Como tal, creo que debo mantenerme dentro de los límites de mi ciencia y debo abstenerme de realizar afirmaciones epistemológicas o incluso de expresar mi testimonio sobre el contenido del entendimiento económico en términos que resulten ajenos a la experiencia común. Creo que sería mejor que hablara de «causa y efecto» y afirmara dar «explicaciones», porque creo que de esta forma puedo reproducir mejor el sentido de las acciones económicas; temo que sólo puedo reproducirlo de manera distorsionada si lo expreso con palabras que resultan ajenas al entendimiento común. Si mis comentarios son entonces revisados de forma epistemológica por los pensadores que tienen competencia para hacer tal cosa, estoy preparado para ello. Creo que resulta más útil para el trabajo epistemológico si aporto mi material en su forma original que si yo mismo intentara adaptarlo a su trabajo, el cual como economista no domino y en el cual correría el riesgo de mutilar el material. En definitiva, opino que un economista es más filosófico si no filosofa, y en esto me distingo de Schumpeter, que desea hacer una contribución a la epistemología. Creo que al hacer tal cosa traspasa los límites de nuestra ciencia, que por lo demás respeta de forma tan estricta y exitosa. Está equivocado respecto a la naturaleza de la economía

teórica y la consecuencia es que inevitablemente es susceptible de cometer errores relativos a su contenido.

Ello significa que tampoco ha evitado el riesgo de mutilar el contenido de la teoría económica. Sin embargo, personalmente sale mejor parado de lo que cabría esperar de su metodología debido al hecho de que, como ya se ha mencionado, adopta los existentes resultados científicos ya preparados, pero al tener que tener en cuenta esta metodología, sólo adopta los resultados con calificaciones que reducen su valor. Además, para que pueda adoptarlos con calificaciones, primero debe construir un puente que le permita pasar de su perspectiva de la observación externa a los resultados de la observación interna. A pesar de hacer alarde de una gran astucia para hacer tal cosa, fracasa en el intento. Déjenme demostrar por qué. En este punto de nuevo tengo que criticar en aras de la defensa propia, pues los elementos que emplea Schumpeter para construir su paso están extraídos en parte del método de investigación psicológica, y tengo que destacar que los emplea de forma diferente de la manera en que pretendemos que se empleen. Para nosotros constituyen una ayuda para la investigación empírica, pero la manera en que él los emplea oculta este carácter, y por tanto me preocupa aclarar su uso correcto.

Estoy hablando de la ayuda que proporcionan los supuestos. Schumpeter hace uso de ellos para introducir los resultados que obtenemos con la simple observación interna de manera indirecta. Más adelante explicaré su método haciendo referencia a ejemplos y empezaré por describirlo en términos generales, lo cual, sin embargo, no es fácil, porque no se expresa con claridad en este asunto, y por tanto tengo que limitarme a describir su intención. El punto de partida es que rechaza la observación interna y sólo permite la externa. Por otro lado, no desea establecer ninguna serie de iniciación real. Por tanto, aunque sus supuestos se basan en hechos, son, según dice, hipotéticos, porque por supuesto no es seguro si son universalmente válidos; los considera «arbitrarios» o «formales». Ahora compara los supuestos con los resultados y llega a la sorprendente conclusión de que ciertamente resultan ser válidos en un gran número de casos, o en un muy grande número de casos. En cuanto a cómo puede llegarse a esta sorprendente conclusión, tiene mucho que decir mediante expresiones ingeniosas, pero no

ve la verdadera razón; más adelante encontraremos la forma de mostrársela. Al evitar la introspección, no sólo espera alejarse del riesgo de participar en la metafísica y evitar todo lo que tenga naturaleza «a priori», sino también obtener la gran ventaja adicional de evitar un conjunto de controversias difíciles que la teoría se ve obligada a soportar. Dice en su prefacio (XV) que en el método normal «hay demasiado uso de “verdadero” y “falso” en lugar de “apropiado” e “inapropiado”». Quiere proceder de manera diferente; elige sus interpretaciones «porque es la manera más práctica de obtener nuestros resultados, porque así logramos los mayores avances, pero no defenderemos que cualquier otra interpretación es errónea» (pág. 57). Se contenta con el hecho de que no está «comprometido por los hechos». Puede comprobarse que también aquí sigue el ejemplo de las ciencias naturales: sus supuestos tienen el carácter de hipótesis y los denomina con este nombre en muchos lugares.

Al contrario que Schumpeter, los supuestos que emplea la escuela psicológica son todos empíricos. Por numerosos que sean, todos deben basarse en hechos. Pero, ¿por qué la escuela emplea supuestos, una ayuda aparentemente artificial? Para responder de la manera más breve posible, no deseo seguir explicando el hecho de que otras ciencias teóricas, incluida la ciencia natural teórica, también los emplea y, al igual que nosotros, ya no puede prescindir de ellos, sino que me limitaré a decir que dependemos de ellos por las circunstancias en que realizamos nuestras observaciones. Sólo podemos convertir las observaciones en ideas con la ayuda de los recuerdos visuales de los hechos que almacenamos en nuestra consciencia; se nos niega la observación directa de la psique en funcionamiento. La experimentación también nos es negada por la naturaleza de nuestro objeto; ni siquiera podemos intentarla en la escasa medida en que está disponible para la psicología científica. Sin embargo, como ocurre con la observación directa y la experimentación, incluso al convertir observaciones en ideas, los hechos que se afrontan deben, por supuesto, establecerse de un modo preciso. La ayuda característica para este propósito es el supuesto; es la ayuda al pensamiento que resulta necesaria para revisar las condiciones que se registran como ideas. El teórico los necesita en su trabajo para intentar dar con la solución adecuada; pero también los necesita cuando

publica sus soluciones corroboradas como una ayuda al pensamiento para sus receptores y oyentes, los cuales, por supuesto, sólo pueden igualmente convertir las observaciones en ideas. Una teoría que desee explotar el rico contenido de la experiencia económica común tiene que desarrollar todo un conjunto de supuestos para convertir sus observaciones en ideas, una tras otra, bajo un control seguro. Sin embargo, para garantizar que la teoría no pierde su naturaleza empírica, todos estos supuestos tienen que elaborarse desde la experiencia; no sólo no deben ser en modo alguno hipotéticos, sino que tampoco deben ser en absoluto arbitrarios o formales. Su utilidad o idoneidad depende de su verdad. En esto resulta completamente aceptable que no siempre ofrezcan toda la verdad. Igual que hace un científico natural en la experimentación, también nosotros tenemos que aislarnos cuando convertimos las observaciones en ideas; las experiencias complejas no pueden ser interpretadas en su conjunto, tenemos que dividir las en sus elementos para entender su significado; sólo entonces estamos en posición de establecer el efecto general reuniendo las unidades separadas. Este método requiere alejarse de la verdad directa hasta el punto de que los elementos nunca se adentran en la consciencia de una persona individualmente; pero ello seguramente constituye una desviación admisible que también es justificada por la práctica constante de las ciencias naturales exactas; al fin y al cabo, la intención última es alcanzar un acuerdo pleno con los hechos, y por tanto la teoría no pierde su naturaleza empírica al hacer uso del aislamiento. Otro uso que hacemos de los supuestos parece más cuestionable; junto a los supuestos aislantes que no contienen toda la verdad, nuestra teoría formula muchos de naturaleza idealizada, y son sin duda éstos los que ofenden en mayor medida. En ellos elevamos el caso empírico en ideas al nivel de la más alta perfección. Por ejemplo, presuponemos la existencia de un modelo de persona que participa en la actividad económica que nunca ha existido y nunca puede existir; otro ejemplo famoso es el estado aislado de Thünen, cuyo nombre no lo describe por completo, pues no se le considera sólo aislado de su entorno, sino, lo que es más importante, también es idealizado mediante el supuesto de que dentro de sus límites las condiciones de la agricultura se distribuyen de manera equilibrada alrededor del punto focal del mercado único; sirva también este

ejemplo para indicar que no fue el método psicológico el que creó el supuesto idealizado; ésta se ha empleado desde que las personas comenzaron a pensar de manera científica. Se emplea, como el aislamiento, como una ayuda temporal para establecer normas en virtud de condiciones simplificadas que sólo entonces se aplican a las complejas condiciones de la realidad. Incluso tales supuestos idealizados en modo alguno tornan nuestra teoría en no empírica, pues también ellos se formulan únicamente para entender la realidad, y por tanto sólo son supuestos temporales que en última instancia tienen que corregirse. Por supuesto, la propia teoría no siempre realiza las correcciones; sólo lo hace si puede hacerlo con sus propios medios, o si resulta conveniente que lo haga por sí misma; por ejemplo, ya no será conveniente si tuviera que aumentar demasiado el número de posibles supuestos que hay que considerar. En todos estos casos deja el proceso de corrección a otras ciencias o métodos o incluso a la política práctica que tiene que abordar el caso individual y su naturaleza especial. Las frases con las que concluye, es cierto, están redactadas de forma no empírica, pero no tienen un objetivo no empírico, porque, por supuesto, sólo tienen un objetivo de complementación empírica. Aquí la teoría exige el trabajo constante de otros métodos que extraigan de forma realista los detalles que por sí misma no es capaz de expresar con su modo de presentación que estiliza utópicamente. Ello demuestra que no se opone a estos otros métodos, sino que los toca y complementa; en particular, está claro que, al igual que otros métodos, es fundamentalmente empírica, pues ¿cómo si no podría combinarse con ellos? Schumpeter, que tiene buenas observaciones sobre estas relaciones siempre que no se vea obstaculizado por sus prejuicios epistemológicos, describe esta relación diciendo que la economía descriptiva se detiene a catalogar hechos (la cual, sin embargo, no es una definición correcta de su propósito) mientras que la teoría lleva a cabo una transformación con los hechos, sin un objetivo misterioso concreto sino sólo en aras de un entendimiento más claro. Creo que puedo decir que sólo transforma lo justo para lograr, en el espíritu de Kirchhoff, la descripción más simple, la descripción de aquello que es más simple, aquello que resulta esencial para un entendimiento resumido. Sólo con esta intención idealiza los movimientos económi-

cos, de la misma forma en que la mecánica idealiza los movimientos de las masas.

Los hechos extraídos de la experiencia, que son considerados de forma aislada o transformados de una manera idealizada cuando resulta necesario, ofrecen al método psicológico el contenido de sus supuestos, los cuales establece gradualmente hasta que componen un sistema lo bastante avanzado para explotar toda la riqueza de la experiencia económica común. Creo que he dejado claro que Schumpeter se equivoca al querer emplear hipótesis en nuestra teoría; las hipótesis son supuestos relativos a lo desconocido, mientras que nuestros supuestos idealizados son transformaciones deliberadas de cosas que son conocidas. Ahora puedo repetir mi afirmación anterior con mayor énfasis: que todo este sistema de supuestos debe verse justificado por hechos y no hay lugar para la hipótesis. El método psicológico no tolera las hipótesis. El científico natural necesita que lleguen a zonas a donde no llega su proceso de observación si espera simplificar con su ayuda la descripción de los hechos observados por él, reconciliándolos en sus inicios, los cuales están más allá de su observación. Ciertamente, tendrá cierta dificultad al formular sus hipótesis y se adentrará demasiado en la oscuridad con ellas porque, por supuesto, le alejan de tierra firme, pero en principio no se tiene que abstener de ellas. El método psicológico, sin embargo, está básicamente excluido de formular hipótesis; pues ningún camino conduce a «territorio inexplorado y prohibido»; puede que no vaya más allá de la región de la psique y aquí puede que ni siquiera desee ver hasta el fondo del asunto. Sigue la orientación del sentido de la economía, y su sistema de supuestos debe por tanto detenerse en el punto en que el sentido deja de desarrollar la economía.

Schumpeter desea evitar la observación interna o introspección y por tanto elige los medios de información de sus «hipótesis» basadas en hechos externos. Al hacerlo pasa por alto el hecho de que si adopta nuestros resultados, debe todo el contenido de sus «hipótesis» a la observación interna, porque nuestro sistema de supuestos, que está construido sobre la base de la experiencia interna, le facilita los medios para hacerlo; no podría hacer nada si dependiera únicamente de sus observaciones externas. Ahora podemos explicar también por qué formula la «sorprendente» idea de que sus

«hipótesis» se confirman; se confirman porque no son hipótesis en absoluto, sino que se apoyan en la sólida base de la experiencia interna. Tendría que celebrar el juicio únicamente con su observación externa en una zona en la que el método psicológico aún no le haya preparado el terreno; entonces se ahorraría muchas veces esta sorpresa de bienvenida. Pero hay que añadir algo más: incluso en dichas zonas —siempre que no entren en la categoría de actividad económica— no podría renunciar por completo a la ayuda de la participación económica. Ningún teórico puede desprenderse de su consciencia práctica; sus especulaciones siempre serán guiadas por la consideración del significado familiar en la práctica, que le inspirará con las direcciones de su investigación, le infundirá ánimos cuando aborde el significado familiar en la práctica mediante la idea de que va por el buen camino, y le recordará que sea cuidadoso si está en peligro de carecer de sentido o de caer en el absurdo. El método que desea emplear Schumpeter no puede emplearse de una forma completamente pura; no podemos limitarnos a observarnos de forma externa, ni suprimir nuestro conocimiento interno de nosotros mismos, pues sabemos demasiado de nosotros mismos y conocemos demasiado bien. A pesar de que Schumpeter oficialmente rechaza el método psicológico, no puede acallar las connotaciones psicológicas de la experiencia económica. Jamás ha existido una escuela teórica de economía que trabajara sin estas connotaciones psicológicas; la escuela psicológica únicamente se distingue de todas las que son más antiguas en que ha creado un método a raíz de su proceso primitivo. Si hoy se abandonara el método psicológico, sin duda no transcurriría mucho tiempo antes de que surgiera de nuevo la necesidad, en aras del orden lógico, de elevar las ayudas psicológicas desde su participación oculta al estatus de un método deliberado otra vez. Mientras tanto, por supuesto, se detendría inevitablemente el progreso de la teoría, no podrían llevarse a cabo las mejoras necesarias, y se perdería parte de lo que ya se ha desarrollado —puede que se perdiera la mejor parte, pues sólo la parte más profunda se revela a sí misma antes la atención más insistente. Incluso una representación como la que ofrece Schumpeter lo deja claro. Aunque desea conservar los resultados de sus predecesores, se ve obligado, por el bien de sus principios metodológicos, abstenerse de exponerlos con el pleno efecto

de su significado, y por tanto su efecto en sus lectores no puede ser convincente por completo. Al hacerlo, dondequiera que sienta que a su manera tiene muy poco efecto en sus lectores sin embargo emplea toda clase de medios de información que, si hubiera de aplicar su método con la máxima exigencia, no debería permitirse emplear; en tales lugares está encantado de hacer referencia a la descripción que ofrecen los economistas psicológicos, o prácticamente emplea su método de presentación, de la misma forma en que un autor emplea una imagen. ¿No implica ello una confesión tácita de que el método psicológico es indispensable? Schumpeter solamente le atribuye un valor heurístico, pero en realidad sus resultados no pueden ser presentados sin la ayuda de sus medios de expresión. Era más que la oportunidad de ayudar al descubrimiento de estos resultados; era necesario —y siempre será necesaria su aplicación deliberada para mantener el control de los resultados plenos.

Aunque temo que ya he cansado a mis lectores, aún me gustaría discutir unos pocos casos individuales con la ayuda de los cuales Schumpeter desarrolla su método. Sirviéndome de ellos me gustaría demostrar que le impiden expresar el contenido pleno de los resultados que desea conservar; su método le obliga a cortarlos justo en los mejores extremos de sus raíces psicológicas, de las cuales recibe el sustento de su significado.

Schumpeter critica la manera en que los economistas psicológicos extraen la ley de Gossen de la saciedad de las necesidades, que dice que la intensidad de la estimulación de necesidades disminuye a medida que aumenta la saciedad (págs. 64 y 77 y siguientes). Defiende que han justificado la ley debido a las necesidades y al hacerlo han indagado en sus fundamentos psicológicos y fisiológicos. Probablemente habrían podido manejar el concepto más simple de «requerir», pero incluso esto habría sido llegar demasiado lejos, pues incluso este concepto, dice, representa un intento de proporcionar una justificación que no sea impecable desde un punto de vista epistemológico. Schumpeter propone así un método diferente, en el que se limita por completo a la observación externa. Afirma que las personas que participen en la actividad económica responderán una serie de preguntas que él formula de forma que contengan las principales premisas de la ley de Gossen y mediante

las cuales se pretende averiguar qué precios están dispuestos a pagar, primero por uno y luego por una cantidad específica de cualquier bien; se deben repetir las preguntas con tanta frecuencia como sea posible; los precios incluidos en las respuestas deben anotarse *sin que medie intento alguno de explicación* y las cantidades individuales de los bienes y los precios individuales deben trazarse como la abscisa y la ordenada de un sistema de coordenadas de dos dimensiones. Ello, afirma, proporciona todo lo necesario. La semilla relevante para nosotros se ha extraído de su cáscara psicológica y fisiológica y se ha encontrado la forma exacta de la ley de Gossen —la cual, por cierto, no es una ley para nosotros, aunque puede que lo sea para otras ciencias; para nosotros, afirma, es un supuesto basado en una generalización de determinados hechos económicos, y no caben objeciones psicológicas ni fisiológicas contra este supuesto. Como tal, en principio es arbitrario; nada nos impide formular el supuesto contrario y hacerlo no podría considerarse «malo»; tendríamos en ello una función hipotética, irreal en sí misma y arbitraria en principio, a la que somos conducidos mediante la observación de los hechos. Esto es lo que dice Schumpeter. Creo que estoy en lo cierto al afirmar que él mismo no se adhiere al método que propone y por tanto no ha hecho tales preguntas. También sostengo que si las hiciera, se sentiría muy decepcionado por las respuestas recibidas. La gente no podría decir los precios específicos que él espera; en todo caso podrían decir que cuanto más cantidad se compre de un determinado bien, más se reduciría el precio (para evitar cualquier malentendido, quisiera enfatizar que no trataríamos con hombres de negocios, sino con personas que compren cosas para el consumo), e incluso esta limitada respuesta sin duda sólo la darían personas que tengan el raro don de formular observaciones a partir de sus propios pensamientos. Una cosa es decidir en el mercado en una situación concreta, y otra decidir en la mente de uno mismo de esta manera. Schumpeter espera que el profesional realice el trabajo del teórico. Aquello que puede ser aprendido puede ser obtenido de manera mucho mejor mediante el método que siguen los economistas psicológicos. Cada uno de ellos se plantea las cuestiones fundamentales a sí mismo y las responde de acuerdo con su experiencia interior; la única forma práctica de aclarar las cosas es revelar las preguntas y respuestas a

sus colegas economistas y al público mediante una presentación bien planeada. El profesional que lea la magistral presentación del propio Gossen sobre su ley y esté de acuerdo con la misma se expresa de una manera que es mucho más valiosa que cualquier cosa que pudiera decir en respuesta a preguntas directas. Pero no es éste el error más importante que comete Schumpeter. Su error más serio se oculta tras su afirmación de que quiere que las respuestas se den «sin ningún intento de explicación». Aquí confunde «explicación» con experiencia interior y por tanto rechaza el decisivo testimonio de esta última. Dentro de nosotros el proceso afirmado por la ley de Gossen tiene lugar con la sensación de necesidad, y este testimonio no debe ser eliminado. Resulta sumamente importante decir que la respuesta a esto es: sin series de iniciación, por este medio obtenemos del testimonio de la experiencia interior el conocimiento de una ley que sabemos que podemos dar por sentado de manera efectiva en cualquier circunstancia. Obtenemos este conocimiento —repito— sin tener que recurrir a los fundamentos psicológicos y fisiológicos de la ley, ni deseamos recurrir a ellos; simplemente deseamos permanecer en la superficie de la conciencia, sin adentrarnos nunca en sus profundidades más remotas ni mucho menos penetrar en su límite. ¿Deberíamos rechazar este conocimiento de un hecho universal que llega hasta nosotros de una forma tan simple e inofensiva? La teoría económica como ciencia genuinamente empírica debe, en última instancia, considerar que es importante demostrar que las relaciones que describe son las relaciones reales de la experiencia y que no ha pasado por alto ninguna de estas relaciones reales. Sin duda, al reconocer la ley de Gossen como una ley, hemos obtenido mucho más conocimiento del que habríamos obtenido si nos hubiéramos enfrentado con un «supuesto que es en principio arbitrario», «cuyo extremo opuesto no podríamos denominar erróneo», o con «una función hipotética que es en sí misma irreal y en principio arbitraria».

En otra parte (pág. 57) Schumpeter habla del célebre gran debate que está teniendo lugar en la teoría económica sobre si la explicación de los precios o, como podemos decir uniéndonos a él, la descripción de las relaciones de intercambio, debería basarse en el principio del coste o en el principio del valor, es decir, el principio del valor en uso. Afirma que la elección entre los dos principios no

puede depender de una discusión a priori sobre su exactitud. Dice que en general no desea pelear sobre principios, y en cualquier caso no está interesado en su exactitud, sino en su utilidad. Utilizará el principio del valor, pero sólo porque es el modo más práctico de conseguir los resultados; por otro lado, no desea sostener que todas las demás opiniones son erróneas. Procede entonces a enumerar las deficiencias mostradas por el principio del coste en la práctica del trabajo científico. Fracasa, dice, en el caso de productos que no pueden aumentar en cantidad y en relación con los precios de monopolios, y también fracasa en el caso de los problemas de precios más interesantes, es decir, aquéllos relativos al trabajo y la tierra; incluso más sorprendentes que sus deficiencias en relación con mercados completamente lentos, son aquéllas relativas a mercados que están en movimiento, exigiendo por tanto una serie de hipótesis complementarias. Por otro lado, afirma, el principio del valor permite que se deduzca un sistema absolutamente puro de manera completamente uniforme sin tales hipótesis, y por tanto sería una necedad rechazarlo. Éstas son razones suficientes para emplearlo, sin necesidad de entrar en una disputa sobre principios. Continúa diciendo que los investigadores que establecieron el principio del valor habían tenido un punto de vista distinto. Habían enfatizado su verdad en lugar de su productividad y por tanto habían intentado mostrar que contenía el conocimiento correcto de los procesos económicos. Él no desea unirse a ellos haciéndolo, para evitar verse atrapado en discusiones de naturaleza a priori que, «llevadas a cabo con razones y símiles generales» apenas daban motivos para esperar que se alcanzara un acuerdo, y también para evitar verse empujado al territorio extranjero de la psicología y la fisiología, y por último porque a un teórico no le preocupa la absoluta exactitud de sus hipótesis; no forman parte de sus resultados, los cuales tiene que defender, sino que son meras ayudas metodológicas cuyo valor sólo se deduce de sus frutos y que desempeñan un papel meramente formal. Las leyes económicas no obtendrían beneficio alguno del hecho de mostrar que también eran verdades *per se*.

Creo que no sólo los partidarios declarados del método psicológico deberían oponerse a estas afirmaciones, sino que son básicamente incompatibles con las opiniones de todos los teóricos que

alguna vez han hecho alusión a hechos de la mente al explicar precios, lo cual probablemente han hecho de modo expreso o tácito todos aquellos que hasta ahora han abordado la teoría de los precios. Si las deficiencias del principio del coste que enuncia Schumpeter se someten a un examen más concienzudo, se ve que todas afirman de forma unánime que el principio del coste se ve «comprometido» por los hechos; ello, sin embargo, significa que demuestra no ser práctico porque es incorrecto. Es incorrecto con respecto a bienes que en modo alguno se obtienen mediante la producción, a los cuales nunca se aplica realmente, ni puede aplicárseles, y es incorrecto con respecto a bienes que se producen hasta el punto de que en su caso tampoco puede aplicarse realmente a cada ejemplo de fijación de precios. Sin embargo ello deja muchos casos a los que podría aplicarse si tan sólo siguieran los factores externos y, como nos enseña la historia de la doctrina económica, a los que se ha aplicado efectivamente sin que las hipótesis complementarias que requiere hayan constituido un obstáculo. Al fin y al cabo, la consideración de la universalidad de la explicación no es el único factor decisivo de la teoría económica; tiene prioridad la orientación del significado. Por tanto el principio del coste, a pesar de su mosaico de hipótesis complementarias, ha sido respaldado por la gran mayoría de economistas mientras que el principio del valor se consideraba una tontería, porque eran incapaces de interpretarlo correctamente, y en cambio podían encontrar al menos cierto sentido al principio del coste. El giro hacia el principio del valor por parte de una escuela nueva y extendida se ha producido en el momento en que esta escuela creyó que podía interpretarlo de tal manera que los hechos podían explicarse razonablemente sobre la base de aquél. Cuando la escuela también declaró reconocer que el espíritu del principio del coste era siempre atribuible al principio del valor, únicamente en este último podía encontrarse un principio universal y sobre todo «impecablemente puro», es decir, un principio que se ve reflejado sin contradicción por los hechos y el sentido en que entienden los hechos las personas que participan de la actividad económica. Si han de darse complicadas controversias sobre ello, que así sea. Las relaciones de las estimaciones de valor se extienden desde nuestro «yo» interno hasta todas las condiciones esenciales de la adquisición de bienes y la organización de

mercados, y deducir correctamente el sentido de las ideas a partir de relaciones de tan amplio alcance es una tarea difícil. Descripciones como la de Schumpeter no contribuyen a acometer esta tarea, y pueden resultar un obstáculo en el camino, por cuanto ocultan el sentido. El propio Schumpeter aún lo sabe, pues ha sido introducido en este entendimiento por sus predecesores, pero los alumnos que él introduce ya no lo sabrán, porque les priva de la descripción de las sutiles conexiones que sólo se revelan a la observación interna. Tendrán que empezar de cero para desarrollar los principios en cuanto afronten la tarea de tener que defenderlos frente a un ataque o deseen conseguir progresos importantes.

Se pueden citar referencias más típicas para mostrar cómo Schumpeter, para justificar sus opiniones epistemológicas, pone en peligro los fundamentos de la teoría económica psicológica cuyos resultados desea rescatar, pero yo me abstendré de hacer tal cosa, pues de lo contrario tendría que rebasar en demasía los límites de una discusión crítica. Al contrario, quisiera manifestar en este punto que la metodología de Schumpeter resulta completamente adecuada al tema en cuanto va más allá de los tópicos más cercanos a los fundamentos psicológicos, hasta la gran masa de problemas que no le suscitan reservas de naturaleza a priori o metafísica y para los cuales bastan los trasfondos psicológicos del sentido para señalar la dirección correcta. Sólo ocasionalmente su metodología le engaña aquí también; como, por ejemplo, en la sección de la teoría de la renta de la tierra (la cual, por cierto, es una de las partes más exitosas del libro y muestra sus mejores cualidades científicas), cuando discute el hecho de que ya no necesitamos la ley de los rendimientos decrecientes sobre la tierra. Dice que los economistas clásicos, con su incompleta teoría de los precios, la necesitaban todavía para deducir la renta de la tierra, pero la moderna y completa teoría de los precios puede prescindir de ella. Para nosotros esta ley es sólo un hecho técnico que por supuesto resulta muy importante en la práctica, pero ha dejado de ser relevante para la teoría económica pura. En tal caso puede verse de nuevo que él trata nuestros supuestos teóricos como «hipótesis». Para él la ley de rendimientos decrecientes sobre la tierra es una mera hipótesis; por tanto, cree que puede abandonar esta ley sin más si la hipótesis le parece innecesaria. En verdad, sin embargo,

no son las razones de conveniencia, sino los hechos, los que deciden qué deberíamos incluir en nuestros supuestos. Estamos obligados a incorporar todos los hechos más importantes contenidos en la conciencia económica común de las personas al sistema de nuestros supuestos; de lo contrario nuestra descripción no sería completa y lo que debemos dar según Kirchhoff es una descripción completa, pero Schumpeter sin embargo no le ha seguido.

He terminado. Creo que Schumpeter habría descrito el contenido de la economía teórica de forma más completa y más simple si no hubiera querido plasmar su naturaleza según su método. En un punto de su prefacio dedica unas palabras excelentes a la importancia de la tradición en nuestra ciencia, y dice que el trabajo de aquéllos que vienen más tarde crece de forma orgánica a partir del trabajo de aquellos que vinieron antes, y se declara tanto más satisfecho cuanto menos hay en su libro que resulte novedoso o extraño. Creo que el contexto histórico de los métodos de investigación podrían haberle proporcionado las bases para semejante reflexión, los cuales son igual de buenos que aquéllos que se encuentran en el contenido de las teorías. Así que no es en modo alguno sólo el método psicológico, sino el método teórico de investigación *per se*, el que he tenido que defender frente a las innovaciones teóricas de Schumpeter. Pero no cabe imaginar el trabajo sin los zarcillos de las ideas metodológicas que, de manera exuberante —en ocasiones de forma casi demasiado exuberante— envuelven sus afirmaciones objetivas; con sus ingeniosas vueltas y rodeos, constituyen uno de los atractivos del libro y caracterizan en gran medida la naturaleza del autor. Revelan la inusual energía mental que ha dedicado a su tarea y que sobre todo le atraen hasta los lugares que presentan las mayores dificultades. Si bien pasa rápidamente por alto las cosas que cree que otros han explicado de forma suficientemente clara, dedica tiempo a todas las cosas duras y muy duras y él, que sólo empezó hace unos cuantos años, puede afirmar con orgullo justificado que su libro no está escrito para principiantes, sino que requiere un conocimiento bastante preciso de hasta dónde ha progresado nuestra ciencia. El intento ha tenido éxito más allá de toda expectativa, aunque el revisor tiene que decir que el propio Schumpeter se ha fijado un objetivo demasiado alto con sus intenciones metodológicas. Tal vez se dé cuenta en algún momento futuro de

que la metodología no debería ser la primera, sino la última iniciativa de un sistemático. Sin duda uno se beneficiará mucho de leer el libro. Mediante su energía mental obligará también a aquellos que conocen muy bien la teoría económica a reflexionar detenidamente sobre ella otra vez para decidir según todas las múltiples relaciones a las que Schumpeter dirige la atención del lector. Su principal error es querer dominar demasiado; queda la sensación de que el autor todavía no ha alcanzado su equilibrio y debe aprender a limitarse a sí mismo. Semejante exuberancia juvenil constituye el más loable de los errores; es indicativa de una gran fortaleza.